

Introducción

Supongamos que tengo un violón, o una guitarra. Lo miro, toco la superficie del violín o la guitarra, pero no pasa nada. ¿Qué tengo que hacer para hacer sonar la guitarra? Ejecutarla. Debo tocar las cuerdas para producir una vibración, un sonido. ¿Ustedes ven el sonido? No, sino que simplemente lo oímos, lo escuchamos. Cuando el violín o la guitarra son ejecutados, recién en ese momento podemos oír su sonido. No es un instrumento mudo, sino vivo, que produce alegría en nuestros corazones por la canción que es escuchada. Así también, Dios nos conecta con él haciendo sonar las cuerdas de su Palabra. Él toca una canción de amor para nosotros, que dice: Te amo, te perdono, mi sacrificio en la cruz ha pagado todos tus pecados. No llores más. ¿Qué les parece? Es una preciosa canción, un canto que hace renacer nuestro corazón. No vemos la canción, pero podemos oírla. El violín o la guitarra es la Biblia, quien ejecuta la canción es el Espíritu Santo, quien toca la canción y canta a través del predicador, nosotros somos los que oímos la canción, y la alegría que produce escuchar este canto y que nos conecta con nuestro redentor, es el don de la fe. Un don que no vemos, pero que tenemos de parte de Dios.

Como dice el Credo Niceno, que acabamos de confesar, “Creo en el Espíritu Santo... que habló por medio de los Profetas” (3° Art.). Cuando Dios habla por medio de la palabra, Él produce la fe, es decir, en quienes no resisten deliberadamente su Palabra. Porque “con Dios no se puede tratar [directamente] ni se le puede aprehender sino por vía de la palabra. Por tanto, la justificación se hace por la palabra”. (AP art. IV *Justif*, Ro. 10.17, p. 88:67).

1. Conceptos equivocados sobre la fe

Pero hay por ahí ciertas ideas equivocadas sobre la fe. Algunas de estas son: Creer que soy salvo por la fe de otro, es decir, creer que la fe se hereda de nacimiento, o por apellido; no creer la verdad revelada en la Sagrada Escritura; buscar otras o nuevas revelaciones aparte de lo ya revelado en la Escritura; conocer lo que dice la Escritura, pero no creer de corazón (puro conocimiento intelectual); suponer que el Espíritu Santo habla por otros medios, aparte de la Palabra (los entusiastas o iluminados, los que tienen mensajes o visiones que contradicen lo ya dicho por el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura); los que buscan mensajes ocultos en la Palabra (sea fechas, nombres, etc.), cuando su único fin es conducirnos a la fe en Cristo; tener ideas contrarias a la Santa Trinidad (tres dioses, o un dios pero no tres personas); los que tratan con espíritus para recibir revelaciones del más allá (ouija); los que suponen que la Biblia es un libro de fábulas o de cuentos, o leyendas; tratar de explicar el misterio de la Santa Trinidad; hablar de Dios con nombres que él no ha revelado (el Viejo, el Barbudo, el de Barba Blanca); negar la eficacia de la Palabra. Cualquiera que me hable de Dios, o del Hijo, o del Espíritu Santo fuera de lo que ha sido revelado en la Palabra, en la Escritura, viene de la antigua serpiente, satanás; y finalmente, negar que la sola fe en Cristo salva del pecado, el infierno y la muerte eterna.

Por ejemplo, en el pasaje de Lucas 16:27-31, el hombre rico en el infierno clama a Abraham para que uno de los muertos se levante y valla a predicarles, y Abraham le dice: A Moisés y a profetas tienen, que los oigan a ellos. ¡Cuánta gente hoy está en las llamas del infierno pidiendo a Abraham una palabra de Dios, y ya es tarde! ¡Cuánta gente está en las llamas de la soledad y la frustración y el odio, por causa de los pecados propios, y de los pecados de la iglesia, de nuestros pecados, porque se enojó con un miembro, y ya no están asistiendo, y no pueden oír la palabra de Cristo que hoy está siendo predicada!

2. La fe salvadora viene por la Palabra

Creer en Dios es un don que viene a nosotros por medio de la palabra, predicada, leída, recitada, memorizada. La fe verdadera es fe en el Dios Trino. El Padre nos ha creado, el Hijo nos

ha redimido, el Espíritu Santo me viene a mí y me lleva a Cristo y al Padre por medio de la Palabra predicada, enseñada, cantada, etc. El Espíritu Santo viene a mí y me entrega los dones de perdón, vida y salvación eterna que Cristo obtuvo con su muerte en la cruz por mis pecados y con su gloriosa resurrección. El Padre y el Hijo nos otorgan el don del Espíritu Santo con sus regalos de perdón y fe sólo y únicamente mediante la Palabra. ¿Cuál palabra? La palabra del evangelio, la palabra de reconciliación.

Hablar de Dios, o de un poder superior, cualquiera puede hacerlo. Pero hablar del Dios bíblico, del Dios Trino, sólo el cristiano puede hacerlo, sólo quien es un hijo de Dios y posee el don del Espíritu Santo que le ha dado la fe y lo ha unido a Cristo su Señor por el santo Bautismo, sólo él, quien ha creído en el evangelio, está autorizado y tiene el derecho de hablar de esta historia de creación, caída, redención o rescate, y santificación, buenas obras y glorificación eterna, desde las Escrituras. Como Cristo dice en Juan 17:8: “Las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.”

Las Escrituras nos revelan el modo cómo el Dios eterno e infinito, se hace accesible a nosotros, se hace finito, y se encarna en Cristo a fin de sufrir y morir por ti y por mí, para justificación de nuestros pecados, perdón, vida y reconciliación con este Dios de amor y misericordia. Por eso, debemos valorar el hecho de tener pastores y maestros en medio nuestro, de reconocerles, orar y contribuir con su sostén, y oír lo que ellos nos enseñan como la palabra de Cristo, como dice la Escritura, que Cristo “dio dones a los hombres... y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros” (Ef. 4:8b, 11).

Debemos tener en cuenta, en esta era de la información y de la imagen, el valor de la palabra. Un ejemplo de ello lo tenemos en el evangelio, en la historia de Jesús y el centurión de Capernaúm, Lucas 7:1-10: 1 Después que hubo terminado todas sus palabras al pueblo que le oía, entró en Capernaum. 2 Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. 3 Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo. 4 Y ellos vinieron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole: Es digno de que le concedas esto; 5 porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga. 6 Y Jesús fue con ellos. Pero cuando ya no estaban lejos de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo; 7 por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero **di la palabra, y mi siervo será sano.** 8 Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. 9 Al oír esto, Jesús se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la gente que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. 10 Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.

2.a. La fe y la Palabra de la Absolución

“Di la palabra, y mi siervo será sano”: La palabra de Jesús nos da la fe y la vida. Hoy día Jesús realiza eso por medio de la absolución. “El poder de las Llaves [en la persona del Pastor] administra y presenta el evangelio por medio de la absolución” (AP art. XII *Arrepent*, Ro. 10.17, p. 173:39). “Las llamadas iglesias protestantes, fuera de la Iglesia Evangélica Luterana, desconocen el modo correcto de obtener el perdón de los pecados mediante la Palabra y los medios de gracia. Esto se manifiesta especialmente en que rechazan la absolución pronunciada desde el altar por el ministro, o en la confesión general y privada... No saben lo que enseñamos con respecto a la absolución. *El Oficio de las Llaves es el poder peculiar que nuestro Señor Jesucristo ha dado a su iglesia en la tierra, de perdonar a los penitentes y de retener los pecados a los impenitentes mientras no se arrepientan* [Catecismo Menor, V]...”

Al ordenar Cristo que el evangelio fuese predicado a toda criatura, mandó también predicar el perdón de los pecados a todos los pecadores, proclamarles esta buena nueva: Todo lo necesario para vuestra salvación ha sido realizado. Si preguntáis: “¿Qué debemos hacer para ser salvos?”, recordad que ya ha sido todo hecho. No es menester hacer nada más. Solo debéis creer lo que ha sido hecho, y seréis auxiliados...

No sólo el predicador tiene una comisión especial de proclamarlo, sino que cada cristiano, como también toda cristiana, y aun todo niño, está comisionado para hacerlo. La absolución de un niño es tan válida como la de san Pedro; más aún, tan segura como lo sería la absolución de Jesucristo si se presentase visiblemente y me dijera: "Tus pecados te son perdonados". No hay diferencia ninguna, pues, como se ha dicho, no se trata de lo que puede hacer el hombre, sino de lo que ha hecho Cristo.

[Por tanto], La eficacia de la absolución no depende de la ordenación o instalación del ministro. [Porque] en la absolución no hacemos otra cosa que decir lo que es un hecho consumado, pues lo valioso es que el perdón de los pecados ha sido obtenido para nosotros...

[Por eso, querido hermano], ven, aunque tengas que decir que eres el peor de los pecadores. Ven, las puertas de la gracia están abiertas para ti. Acepta lo que se te ofrece. Si se proclamara esto con mayor frecuencia, habría más cristianos. Porque esta verdad no vuelve confiado al hombre, sino que le da vida... Pues comienza a percibir el gran amor de Dios y se goza de que Dios, por pura misericordia, le haya quitado todos sus pecados y lo haya adornado con el manto de justicia de Cristo." (Carlos Walther, Ley y Evangelio, Tesis IX).

2.b. La fe y el sacramento de la Santa Cena

"Dios es tan bondadoso que, sabiendo cuán tardos somos en creer, aún después de haber llegado a la fe, agrega signos externos a su Palabra, a los cuales liga con su Palabra. [Merece referirse aquí al sacramento de la Santa Cena]. Hay en verdad muchos que se fijan en el calendario para ver cuánto hace que participaron por última vez en la comunión, y si no es tiempo ya de que, conforme a su costumbre, vuelvan a comulgar.

¿Por qué lo hacen así? Simplemente porque piensan que es una obra del cristiano [o una buena costumbre], y que no es bueno dejar de cumplir con ella. Los tales se acercan al altar para beber la muerte y comer la ira de Dios. Al contrario, sólo tendré bendición si me atrae la promesa de la gracia, que está ligada a los elementos. Es lamentable que muchos piensan y dicen: "A mí me han educado así. Si cumplo con este deber, tengo mi salvación asegurada".

La Iglesia Luterana considera los sacramentos como lo más santo, lo más rico en gracia y lo más precioso que hay sobre la tierra, y está firmemente convencida de que Dios no es un mísero maestro de ceremonias que ha establecido ciertos ritos que hemos de realizar cuando recibimos a alguien en nuestra comunión. De ninguna manera; el cristianismo no es una logia masónica. **Si Dios ordena este rito, se trata de algo de lo cual depende la salvación de nuestras almas.** ¿Cuándo ha dicho la Iglesia Luterana que el mero uso de los sacramentos salva? Por el contrario, siempre se ha opuesto y luchado contra esta doctrina y la ha condenado.

La Iglesia Luterana no acepta que **los sacramentos** surten efecto *ex opere operato*. **Por medio de ellos se ha de despertar y confirmar nuestra fe.** Cuando se le predica a un cristiano la palabra de Dios su fe ya es confirmada. Pero, cuando el cristiano oye que Dios ha instituido cierto rito, al cual ha ligado esta promesa, ha de parecerle como si este fuera el portal del cielo. Pero, esto sólo sucede cuando el hombre se apoya en la promesa de Dios. **Dios nos quiere salvar por pura gracia.** Los entusiastas empero hacen creer a la gente que nuestra doctrina es un residuo del papado. Quien piense que, mediante el mero comer y beber, recibe el perdón, está engañado. [...] **Nuestras Confesiones rechazan expresamente que los sacramentos surtan efecto *ex opere operato*.**

Recordad esto para bien de vuestras almas y conciencias. **Toda vez que participéis en la comunión, tened presente estas palabras: "Dado por vosotros, derramada por vosotros para remisión de los pecados". Si no hacéis esto, si por el contrario sólo pensáis en haber cumplido una vez más con vuestro deber y que Dios ha de tenerlo en cuenta, vuestra participación en la santa cena será condenable, os reportará muerte y condenación.** Acercarse de este modo al altar y comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo es una insolencia. Pero no es insolencia cuando confiamos en su Palabra, en su promesa." (Carlos Walther, Ley y Evangelio, Tesis XXI).

3. Exhortaciones finales sobre la fe

Por eso, “Cuando somos bautizados, cuando comemos el cuerpo del Señor, cuando somos absueltos, debemos estar firmemente convencidos en nuestro corazón de que Dios de veras nos perdona por causa de Cristo. Y Dios mueve los corazones a un mismo tiempo por la palabra y por el rito a que crean y tengan fe, como dice Pablo (Ro. 10:17): ‘La fe es por el oír’. Y así como la palabra entre por los oídos para tocar los corazones, así también el rito entra por los ojos para mover los corazones. El efecto de la palabra y el del rito es el mismo, como lo dijo muy acertadamente Agustín: “El sacramento es palabra visible”, porque el rito se recibe por los ojos, y es como una representación gráfica de la palabra, y significa lo mismo que la palabra. Por eso, el efecto de ambos es el mismo”. (AP art. XIII N. y U. Sac., Ro.10.17, p. 203:5).

Queridos hermanos: Los oídos deben estar atentos para escuchar. La vida del Cristiano consiste precisamente en oír la voz de Dios. Pues sin oír la voz de Dios en la Escritura, no hay fe, y si no hay fe, no hay recepción de los méritos de Cristo, ni Espíritu Santo, ni reino de gracia, ni salvación. Miren nomás cómo el diablo nos ha seducido y engañado, que a puesto pantallas de televisión, carteles y otros medios con sus mensajes para no oír la voz de Dios. Por eso no todos creen, o bien porque la palabra del evangelio quiere llegar pero hay algo o alguien que interfiere.

Por ejemplo “Yo quiero ir a la iglesia, al culto, pero mi pareja se queda en casa, entonces yo me quedo también, o porque quiere mirar el partido” ¡Qué tremendo error! ¡Déjale que se quede en casa nomás, mirando el partido! Pero tú vendrás al culto a oír la voz de Dios. Otros dicen: “¿Para qué ir al culto si es siempre lo mismo?” Respondo: “Entonces, deja de beber, de comer y de respirar también, pues siempre haces lo mismo, beber, comer y respirar. ¿Ves que tu argumento no tiene sentido? Si es repetitivo, ¡es porque es sumamente importante, porque continuamente necesitamos de la Palabra del evangelio, así como cada día necesitas beber, comer y respirar! ¡Tu alma lo necesita! Además, que cada culto es igual es una gran mentira, hay ciertas cosas en el culto que no se repiten, ¡y en especial el texto de la predicación, que es lo más importante! Si dices ‘para qué ir si siempre es lo mismo’, desprecias a Cristo, y no mereces el nombre de cristiano. Hay que tomar agua, aun cuando no tengas sed. Así también, hemos de beber y comer de Cristo, aun cuando no sintamos su presencia pero sí creemos que está allí en cuerpo y sangre realmente presente dado por nosotros.

Queridos hermanos, por eso, la Palabra de Dios se merece un lugar especial en la casa y en el culto, o estudio bíblicos: el respeto por la Palabra y una buena lectura, una buena disposición interior del corazón al momento de oír la Palabra. Estamos tan llenos y saturados de información que no percibimos el valor de la Palabra. Destinar un tiempo en el día para que Dios Espíritu Santo nos hable a través de la Palabra. La lectura privada no puede reemplazar o sustituir a la lectura o predicación pública de la Palabra. Porque el culto y la predicación pública nos previene de tener una fe errada, de una falsa interpretación bíblica, nos previene de caer en el peligro de las sectas, y de tener una fe falsa, sectaria. El valor de los Credos es ese precisamente, por eso el Credo precede a la predicación.

Conclusión

La próxima vez que Dios Espíritu Santo toque las cuerdas de su guitarra, que es la Biblia, por la palabra de algún hermano, hermana, o del pastor, recuerda: “Dios es quien me habla, Dios está cantando para mí una canción especial, la canción de su inmenso amor en Cristo, mi Salvador.”